

From CHAPTER I

Which describes the condition and profession of the famous gentleman Don Quixote of La Mancha

Somewhere in La Mancha in a place whose name I do not care to remember, a gentleman lived not long ago, one of those who has a lance and ancient shield on a shelf and keeps a skinny nag and a greyhound for racing. An occasional stew, beef more often than lamb, hash most nights, eggs and abstinence on Saturdays, lentils on Fridays, sometimes squab as a treat on Sundays—these consumed three-fourths of his income. The rest went for a light woolen tunic and velvet breeches and hose of the same material for feast days, while weekdays were honored with dun-colored coarse cloth. He had a housekeeper past forty, a niece not yet twenty, and a man-of-all-work who did everything from saddling the horse to pruning the trees. Our gentleman was approximately fifty years old; his complexion was weathered, his flesh scrawny, his face gaunt, and he was a very early riser and a great lover of the hunt. Some claim that his family name was Quixada, or Quexada, for there is a certain amount of disagreement among the authors who write of this matter, although reliable conjecture seems to indicate that his name was Quexana. But this does not matter very much to our story; in its telling there is absolutely no deviation from the truth.

And so, let it be said that this aforementioned gentleman spent his times of leisure—which meant most of the year—reading books of chivalry with so much devotion and enthusiasm that he forgot almost completely about the hunt and even about the administration of his estate; and in his rash curiosity and folly he went so far as to sell acres of arable land in order to buy books of chivalry to read, and he brought as many of them as he could into his house; and he thought none was as fine as those composed by the worthy Feliciano de Silva, because the clarity of his prose and complexity of his language seemed to him more valuable than pearls, in particular when he read the declarations and missives of love, where he would often find written: The reason for the unreason to which my reason turns so weakens my reason that with reason I complain of thy beauty. And also when he read:...the heavens on high divinely heighten thy divinity with the stars and make thee deserving of the deserts thy greatness deserves.

With these words and phrases the poor gentleman lost his mind, and he spent sleepless nights trying to understand them and extract their meaning, which Aristotle himself, if he came back to life for only that purpose, would not have been able to decipher or understand.

In short, our gentleman became so caught up in reading that he spent his nights reading from dusk till dawn and his days reading from sunrise to sunset, and so with too little sleep and too much reading his brains dried up, causing him to lose his mind. His fantasy filled with everything he had read in his books, enchantments as well as combats, battles, challenges, wounds, courtings, loves, torments, and other impossible foolishness, and he became so convinced in his imagination of the truth of all the countless grandiloquent and false inventions he read that for him no history in the world was truer.

The truth is that when his mind was completely gone, he had the strangest thought any lunatic in the world ever had, which was that it seemed reasonable and necessary to him, both for the sake of his honor and as a service to the nation, to become a knight errant and travel the world with his armor and his horse to seek adventures and engage in everything he had read that knights errant engaged in, righting all manner of wrongs and, by seizing the opportunity and placing himself in danger and ending those wrongs, winning eternal renown and everlasting fame. The poor man imagined himself already wearing the crown, won by the valor of his arm, of the empire of Trebizond at the very least; and so it was that with these exceedingly agreeable thoughts, and carried away by the extraordinary pleasure he took in them, he hastened to put into effect what he so fervently desired.

Capítulo I

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque, por conjeturas verosímiles, se deja entender que se llamaba Quejana. Pero

esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dé él no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda. Y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos; y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura. Y también cuando leía: ...los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mesmo Aristóteles, si resucitara para sólo ello.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

En efeto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más estraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo; y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efeto lo que deseaba.